

mente en descifrarlo. Pero no había manera. Hasta que un día, alguien de la familia propuso:

—Y ¿si llevásemos esto a un boticario, cansado de interpretar el «álgebra» de las recetas?

Así se hizo. Lo llevaron a su boticario de toda la vida. Y el hombre, calándose sus gafas, tuvo, al examinar el papel, un breve momento de vacilación. Pero sólo fue momentáneo. Y enseguida dijo:

—¡Ah, sí!

Y se dirigió resueltamente a coger de un estante uno de sus frascos.

Retrato

En aquellos días representaba un honor ser retratado por el pintor modernista catalán Ramón Casas. Éste había oído hablar del notable poeta mallorquín Miguel de los Santos Oliver y quiso incorporarle a su galería de retratos. Pero Oliver, hombre bastante perezoso, nunca encontraba la hora de pasar por el estudio. En éstas, otro mallorquín, don Bartolomé Amengual, también conocido poeta aunque menos, tuvo un día, por alguna casual razón, que pasarse por el estudio de Casas. El pintor, por equivocación, le tomó por el señor Oliver.

Retribución

Eugenio d'Ors, como puede comprenderse, no podía estar libre de preocupaciones económicas. Vivía de sus libros, de sus artículos y conferencias, y de sus naturales preocupaciones pecuniarias cosechó él mismo no pocas anécdotas. Con motivo de una inminente Navidad, la revista *Mundo Hispánico* preparaba un número extraordinario. Quílez, a la sazón director de la revista, deseaba que los colaboradores de la misma escribieran sobre las figuras navideñas. Acaso Pemán podría escribir sobre San José, Gerardo Diego sobre la Virgen, Adriano del Valle sobre el Niño Jesús... lo cierto es que a Eugenio d'Ors le correspondió escribir sobre los ángeles de la Navidad. Y nuestro escritor aceptó, momento en el que Quílez se vio embargado por una preocupación específica. No ignoraba las dificultades económicas de don Eugenio, pero, al mismo tiempo, receloso, velaba por las arcas de la revista.

—Bien, don Eugenio, yo quisiera recordarle que *Mundo Hispánico* es una revista joven. Acaba de aparecer. Nuestro presupuesto es

limitado. Su pluma es valiosísima, pero lamento que por este motivo no pueda ofrecerle una cantidad elevada y justa, como sería mi deseo.

D'Ors le dijo:

—Dígame la cifra.

Quílez reflexionó un momento y, al fin, le dijo la cantidad. Entonces d'Ors le hizo la siguiente observación:

—Querido amigo: es una lástima que una revista tan joven ofrezca retribuciones tan anticuadas.

Ron

Iba Eugenio d'Ors paseando una mañana fría por una calle céntrica de Madrid, cuando se encuentra con un amigo. Éste, conociendo lo que le gustaba a d'Ors el ron, le invita cortésmente a una copa al filósofo. Pero el escritor rechazó la invitación, diciéndole:

—No puedo aceptar tu invitación por tres motivos principales. El primer motivo, porque ya sabes que estoy un poco delicado del corazón y el ron me sube la tensión. El segundo, porque mi hijo, que es médico, me lo ha prohibido. Y el tercero, porque me acabo de tomar tres copas.

Sánscrito

Estamos en el año 1953. Las penurias económicas que por aquel entonces padecían muchos profesores universitarios era grande. Un profesor, especialmente necesitado, pugnaba para que le concedieran alguna materia optativa. Necesitaba urgentemente completar sus escasos ingresos. A pesar de sus reiterados ruegos al decano, no se le ofrecía ninguna oportunidad. Hasta que, al fin, un día el decano le llamó y le dijo:

—Este año existe la posibilidad de que usted explique *sánscrito*. Es una asignatura optativa y, casualmente, hay un alumno que la ha solicitado. Voy a hacer una excepción con usted, puesto que no se suele impartir una asignatura cuando la pide un alumno sólo. Pero, voy a tener en cuenta su situación económica, y, si usted está en condiciones de enseñar sánscrito, le ofrezco esta posibilidad.

Ni falta hace decir que aquel profesor no sabía sánscrito. Pero, pensando en su familia, aceptó sin dudarlo. Se preparó como pudo, se atiborró con algunas nociones de sánscrito y, con la mejor disposición, se plantó delante de su único alumno. Éste, como era de prever, caló en el acto su ignorancia y la oculta motivación de su osadía. Consciente el alumno de su superioridad, chuleaba al profesor, faltaba a clase, no estudiaba.

Así transcurrió el curso, hasta que llegó el día del examen. Si suspendía a su incómodo alumno, este indigente profesor se privaría a sí mismo de la posibilidad de tenerle como alumno de «Sánscrito II». El alumno llegó muy tranquilo al examen. El profesor se limitó a escribir en el encerado las primeras letras del alfabeto sánscrito y luego preguntó:

—Dígame, ¿a qué letras corresponden los signos que acabo de trazar?

Con gran desfachatez y no menor ignorancia, el alumno contestó:

—No lo sé.

Víctima de la situación, bajando la cabeza y la voz al mismo tiempo, el profesor dijo:

—¡Qué lástima! Como usted comprenderá, no puedo darle nota. Me limitaré a ponerle un aprobado.

Sereno y obispo

Una noche dio Eugenio d'Ors una cena en su domicilio madrileño de la calle del Sacramento, a la que invitó al obispo de Madrid-Alcalá, Eijo Garay, a la sazón, presidente del Instituto de España. Como el palacio episcopal se encontraba próximo al caserón de Sacramento, en donde vivía el escritor, el obispo acudió a pie a la cita. Se retiró hacia las doce.

Por aquel entonces en los años cuarenta, a partir de la medianoche, los serenos eran los encargados de abrir la puerta a los vecinos de la capital de España. Los obispos no son noctámbulos y, al llegar a su casa, el sereno, al acudir a abrirle, no recordaba haberle abierto la puerta nunca. La abrió con la llave e hizo una respetuosa reverencia al entrar el obispo. Esperó unos instantes a que el obispo le diese la propina. Al cabo de unos segundos, el obispo se vuelve y el sereno se alborozó: ¡Ya está aquí la propina!, pensó. Pero se quedó de piedra, al ver que el obispo levantó su brazo derecho y le otorgó su bendición.

Sueño o ensueño

Hay quien lo concilia todo. Era 5 de enero, víspera de Reyes. «Totó», uno de los tres hijos de Eugenio d'Ors, era todavía muy niño. Se discutió en familia si convenía hablarle mucho de los Reyes o no. Se dijo: «Si se le excita, se desvelará... Pero también es una lástima privarle de la ilusión, del goce más puro y de la excitación de una noche como ésta.» ¿Qué vale más, el descanso o la poesía? ¿El sueño o el ensueño?... Toda la moral, toda la filosofía, toda la pedagogía de este mundo pasan por el fiel de esta cuestión.

Totó, a la mañana siguiente, la dejó resuelta :

—¡Ay! —dijo, estirándose entre las sábanas de su camita—, en toda la noche, pensando en los Reyes, no he podido despertarme.

Sultán

Monsieur Coutens era por aquel entonces el embajador de Francia en Constantinopla. Este representante francés en la capital turca se vio en la necesidad, movido por las circunstancias, de hacer al Sultán una sugerencia de índole delicada. La información secreta señalaba a varios personajes de Constantinopla como altamente peligrosos. Vistas las ventajas de su desaparición, se ofrecía la manera de lograrla con el empleo de agentes de que el embajador podía disponer a tal uso.

—*Merci* —parece que contestó el Sultán—, *j'assassine moi-même*.

Tortilla

Eugenio d'Ors solía contar que, en una ocasión, hizo una excursión a un pueblo castellano con un grupo de amigos que deseaban conocer una iglesia románica que allí había. Cumplido el artístico propósito y dado que era la hora de comer, preguntaron dónde podrían dar satisfacción a su apetito. Les respondieron que en la *Taberna de Andrés*, en la plaza del pueblo. Cuando llegaron a la indicada taberna, se encontraron con que en el sobrio escaparate, adornado con un almanaque de la «Unión Española de Explosivos» cubierto de moscas muertas, había una tortilla, más verde que amarilla, con un letrero que rezaba: VENDIDA.

Uniformes

Ocurrió en Burgos o Pamplona; lo mismo da. Las calles estaban atestadas de combatientes. Destacaba una increíble variedad de uniformes. Aparte de los oficiales y soldados de las tropas regulares, andaban por allí hombres uniformados con diversas indumentarias, falangistas, requetés y miembros de otras fuerzas incorporadas a las milicias.

Un periodista suizo, que se encontraba destacado allí, fue a visitar a Eugenio d'Ors, en aquel momento en la ciudad. Él siempre había creído que los españoles eran anárquicos e individualistas y poco amigos de los uniformes. Y ahora estaba extrañado de descubrir tanto «amor a los uniformes». Inmediatamente, d'Ors le interrumpió:

—Querido amigo, diga usted más bien, amor al *multiforme*.

Vida interior

Cierto día, don Manuel Bartolomé Cossío conducía a través del Museo del Prado a un grupo de muchachas. Se detuvo ante el *Carlos V en Mühlberg* que pintara Ticiano. Siempre goloso de captar la emoción espontánea e ingenua, Cossío se dirigió entonces a una discípula suya, para interrogarla:

—Vamos a ver. Suponga usted, señorita, que se encuentra con este cuadro por primera vez. Suponga usted que llega a él sin saber nada sobre arte ni de historia. Que llega usted directamente del campo, de la naturaleza. ¿Qué se le ocurriría a usted pensar acerca del personaje representado?

Muy seriecita, detrás de sus gafas, la chica contestó:

—Que no tiene vida interior.

Viuda

—¿Cómo queda, en Cataluña, la viuda? pregunta el examinador, con referencia a un punto de derecho foral.

—Desconsolada— respondía el examinando. Y le suspendían.

La cosa se repitió por dos veces más. Pero a la tercera va la vencida. A la tercera, el estudiante iba ya, sobre preparatoriamente pertrechado, vindicativamente apercebido. Y a la preguntita de marras se dio el lujo de contestar:

—El profesor querrá decir en qué situación jurídica queda la viuda...

Socorro

En una ocasión un señor, poco partidario del pensamiento de Eugenio d'Ors, le discutió públicamente alguna de las aseveraciones o proposiciones de don Eugenio, y éste le respondió también públicamente. La polémica proporcionó al desconocido polemista un empujoncito hacia la fama y un eco para su nombre.

Al poco tiempo, el desconocido objetor repitió sus críticas en espera, sin duda, de que D'Ors volviera a darle réplica y a considerarle digno de entablar con él nuevo debate. Don Eugenio, en aquella ocasión, se limitó a responder así;

—Perdóneme usted por Dios, hermano. Ya le socorrí otra vez.